

LOS PADRES EN EL DIALOGO CON LAS CULTURAS. CRITERIO Y CRITICA

Todo intelectual cristiano, que entiende serlo por un don y un llamado de Dios, vuelve a reflexionar y renueva sus preguntas al verse convocado por la Iglesia a una nueva evangelización.

¿A qué se me convoca? ¿Qué papel he de desempeñar para contribuir a anunciar y difundir entre mis alumnos y coetáneos la Buena Nueva de Cristo? ¿Cómo pueden colaborar en ello la lectura y la crítica literaria? El bagaje de conocimientos recibidos ¿es aplicable a este fin, en todo o en parte? ¿Cómo distinguir lo que es cristianamente válido de lo que no lo es? ¿Cómo encarar la enseñanza de la literatura en nuestras escuelas y universidades católicas de manera que los estudios contribuyan a acercar a los jóvenes a Cristo, y no a alejarlos de El? ¿Cómo actuar dentro de un ambiente cultural de neto corte secularista, insensible a la realidad del pecado que se inmiscuye en sus productos, tanto más cuanto esa realidad es descartada, y tanto más cuanto se pretende que la cultura sea un mundo autónomo, independiente del hecho de la Redención? ¿Cómo restablecer la conciencia del pecado que influye, y de la gracia que puede influir tanto más? ¿Cómo leer y ayudar a leer las obras literarias y culturales a la luz de la “fe que ilumina la inteligencia” haciéndola tanto más capaz de profundidad y de discernimiento? ¿Qué es lo rescatable en tantos productos de la cultura, antiguos y modernos, que a primera vista no parecen referirse al acontecimiento cristiano? ¿Cuáles son los que, sin mencionarlo, se le acercan sin embargo; y cuáles los que decididamente lo rechazan, aunque no lo digan explícitamente? ¿Cuáles son las obras que contienen un recto “deseo de Dios”, y cuáles no? ¿Cómo distinguir y ayudar a distinguir esa rectitud de intención? ¿Cómo calar, por el contrario, en el engaño y la falsedad fraudulentos? ¿Cómo encarar las incesantemente impuestas modas literarias y críticas? ¿Han de aceptarse todas como si todas fuesen compatibles con la propuesta de la fe, o más bien han de ser sometidas a examen cuidadoso, para ver cuáles sí y cuáles no? ¿Con qué criterio hemos de hacerlo? En este aspecto ¿cualquier tipo de metodología crítica resulta

apta para penetrar en el fondo de la cuestión? ¿No hay algunas que al contrario lo impiden, ya sea desviando la atención hacia aspectos formales o estructurales, ya sea imponiendo otros esquemas que actúan como anteojeras desfiguradoras por lo parcial de su enfoque? Cuando se exigen ciertos tipos de análisis literario llamados científicos y pretendidamente autosuficientes, que excluyen el criterio de la fe ¿no se atenta contra la armonía del ser humano en quien concuerdan lo natural y lo sobrenatural, lo terreno y lo trascendente? ¿Por qué divorciar lo que Dios ha unido? ¿Por qué abrir abismos arbitrarios entre el plano del conocimiento y el de la realización humana? ¿No se genera con ello una dualidad que puede llegar a ser peligrosa, una verdadera esquizofrenia? ¿Admitiremos cierto dualismo, ser por un lado un "hombre culto" y por otro un "hombre piadoso"? ¿No es acaso dañosa esta escisión, además de falsa y hasta traidora? ¿Si bien pueden distinguirse esos rasgos, la piedad y la cultura, han de mantenerse separados como en compartimentos estancos?

Para responder a estas preguntas se nos dan claras indicaciones en los documentos pontificios, conciliares y el de nuestros obispos sobre la Nueva Evangelización. Asimismo, *la Instrucción para el estudio de los Padres*, elaborada por la Pontificia Congregación para la Educación Católica, nos los propone (a los Padres) como ejemplos para la tarea que nos toca hoy. De esta *Instrucción* extraigo, para comenzar, algunos párrafos con puntos básicos esclarecedores.

En primer lugar, su criterio o norma de discernimiento:

"Ellos (los Padres), de la Escritura y de la Tradición adquirieron una clara conciencia de la originalidad cristiana, esto es, la firme convicción de que la enseñanza cristiana contiene un núcleo esencial de verdades reveladas que constituyen la norma para juzgar la sabiduría humana y para distinguirla del error." (II, 30).

En segundo lugar, se señala el resultado de discernir con esta norma en la sabiduría de los paganos:

"La mayor parte (de los Padres) acogieron esta ayuda (de la sabiduría humana) con interés y reconocimiento, como procedente de la única fuente de la sabiduría, que es el Verbo. Baste recordar a San Justino mártir, a Clemente de Alejandría, a Orígenes, a San Gregorio Niceno y, en particular, a San Agustín, quien en su obra *De doctrina christiana* trazó para tal actividad todo un programa: 'Si aquellos que son llamados filósofos han dicho cosas que son verdaderas y conformes a nuestra fe... no sólo no deben inspirar motivo de temor, sino deben ser reclamados para nuestro uso... ¿No es esto, por cierto, lo que han hecho muchos de nuestros buenos fieles... Cipriano, Lactancio, Hilario... y en número incontable los Griegos.' (II, 30, 31).

“Anclados en la norma de la fe, los Padres acogieron muchas de las aportaciones de la filosofía greco-romana, pero rechazaron sus graves errores, evitando especialmente el peligro de sincretismo tan difundido en la cultura helenística entonces dominante, como también el racionalismo que amenazaba reducir la fe sólo a los aspectos aceptables para la racionalidad helénica. ‘Es preciso defender la doctrina cristiana contra sus graves errores’, escribe San Agustín. (II, 31, 32).

En tercer lugar, se destaca la repercusión misionera de la labor cultural hecha con esta norma de discernimiento:

“Gracias al prudente discernimiento de los valores y de los límites escondidos en las diversas formas de la cultura antigua, se abrieron nuevos caminos hacia la verdad y nuevas posibilidades para el anuncio del Evangelio... Instruida por los Padres griegos, latinos, sirios..., la Iglesia, en efecto, ‘desde el comienzo de su historia, aprendió a expresar el mensaje cristiano con los conceptos y en las lenguas de cada pueblo; y procuró ilustrarlo además con el saber popular y las exigencias de los sabios’ (Conc. vat. II, *Gaudium et Spes*, 44). En otras palabras, los Padres, conscientes del valor universal de la revelación, iniciaron la gran obra de inculturación cristiana, como se dice hoy en día. Han llegado a ser el ejemplo de un encuentro fecundo entre la fe y la cultura, entre la fe y la razón, permaneciendo como guías para la Iglesia de todos los tiempos, empeñada en anunciar el Evangelio a los hombres de culturas tan diversas y en trabajar en medio de ellos. Como se ve, gracias a tales actitudes de los Padres, la Iglesia se da a conocer desde sus comienzos ‘por su naturaleza misionera’ también al nivel del pensamiento y la cultura, y por eso el Concilio Vaticano II prescribe que ‘tal adaptación de la palabra revelada se mantenga como norma de toda evangelización’ (id., 44)”. (II, 32).

Después de este inmejorable resumen de la acción cultural de los Padres en su tiempo, y su alcance posterior como modelo, paso a encarar el aporte que particularmente brindan al hombre de letras cristiano —investigador, docente y crítico—.

La primera enseñanza es la de la *conversión integral de la mente y el corazón* ante la luz divina, que los purga de vanidad y respeto humano. San Agustín deplora en sus *Confesiones* el tiempo en que era un retórico (o literato) que sólo se atenía a las opiniones y reputaciones en boga, y cuenta que escribió un ensayo “De lo bello y lo apto” buscando sólo la aprobación de los famosos:

“Así apreciaba yo entonces a algunos hombres por el juicio de los hombres, y no por el Tuyo, Dios mío, en el cual nadie se engaña...; le estimaba (a quien se lo dedicó) más por la estima de los que lo

alababan..., porque si en vez de alabarlo lo vituperasen aquellos mismos..., sus cualidades no dejarían de ser las mismas... He aquí donde yace el alma débil, y no asida todavía a la firmeza de la verdad; según soplaen los vientos de las lenguas, saliendo del pecho de los opinantes, así es llevada y traída, vuelta y revuelta, y se le nubla la vista, y no ve la verdad, y eso que la tenemos delante de los ojos. Por gran cosa tenía yo que aquel hombre, conociese mi estilo y mis estudios y si él los aprobase, crecería mi entusiasmo, mas si los desaprobaba, heriría mi corazón vanidoso y vacío de firmeza..." (L. IV, c. 14).

Lo malo de tal actitud, según el autor de las *Confesiones*, es la desorientación de la inteligencia, pues así no busca su objeto propio, que es la verdad; y peor aún, empujada tan sólo por el ansia de ser aprobada, no es consciente de su insuficiencia para encontrarla:

"La misma inteligencia racional está viciada...; lo estaba en mí sin saber que debía ser iluminada con otra luz, para ser participante de la verdad... Porque Tú, Señor, eres el que ha de dar luz a mi lámpara (Ps. 17, 29)... Tú eres la luz verdadera que ilumina a todo hombre (Jn. 1, 9)..." (id.).

En esas condiciones, dice Agustín, su libro resultó "mal concebido", y esta autocrítica del santo vale para mí hoy. Responde a mi pregunta sobre si basta un enfoque exclusivamente científico para encarar, como en ese caso, un tema de estética o teoría literaria. No basta, porque esos temas rebalsan la mera ciencia que, cuanto más se ufana de su metodología y precisiones, tanto más corta se queda al descuidar el sondeo metafísico y religioso de la verdad y la belleza, que son participaciones de Dios y sólo se profundizan a la luz de Dios. Agustín también pone el dedo en la llaga de la soberbia que obnubila la mente y da entrada a los demás pecados que la entenebrece:

"¿Y qué me aprovechaba, siendo entonces esclavo perversísimo de mis malas pasiones, que leyese y entendiese por mí mismo todos los libros que puede haber sobre las artes que llaman liberales? Gozaba con ellos, mas no sabía de dónde venía cuanto de verdadero y cierto hallaba en ellos; porque estaba de espaldas a la luz, vuelto el rostro a las cosas iluminadas; por lo cual mi rostro mismo, con que miraba los objetos iluminados, estaba a oscuras. Todo lo tocante a la retórica y a la dialéctica... lo entendí sin gran dificultad y sin que nadie me lo enseñara; Tú lo sabes, Señor Dios mío, porque la prontitud en entender y la agudeza en distinguir es don tuyo: aunque yo no te ofrecía por ello sacrificio de alabanza, y así no me servía de provecho sino más bien para mi daño, pues anduve solícito en adueñarme de tan buena 'parte de mi herencia' (Lc. 15, 13) y no 'guardaba para Ti mi fortaleza' (Ps. 58, 10),

sino que 'me aparté de Ti a una región remota para desperdiciarla con las ramerías' de mis concupiscencias. Pues ¿de qué me servía cosa tan buena, si no usaba bien de ella?". (L. IV, cap. 16, 31).

San Agustín describe aquí el drama del especialista autosuficiente y la inconsistencia de la erudición autónoma, tentación permanente que impide elaborar una cultura profunda, cristiana, así como también dar una enseñanza profunda, cristiana. Para intentarlo, el hombre de letras, crítico o profesor, encuentra un guía seguro en el obispo de Hipona: deponer la soberbia, dejarse decir humildemente por Dios, reconocer la capacidad literaria como don suyo, ejercerla en obediencia a su luz orientadora que le amplía su antes pretencioso y por cierto restringido horizonte. Las letras cultivadas y enseñadas pueden ser una vía de elevación del hombre siempre que, como el santo indica, nos "nazcan plumas y nos crezcan las alas de la caridad con el sano alimento de la fe" (id.), superando así la estrechez y cortedad de una pretendida especialización y autonomía.

Todos los Padres nos enseñan a apuntar más alto. De una manera específica vale para los hombres de letras esta exhortación de San Pablo, que ellos tomaron en cuenta: "Transformaos por la *renovación de la mente*, para que sepáis discernir lo que es la voluntad de Dios, lo bueno, lo que agrada, lo perfecto" (Rom. 12, 2); "*Renovaos en la mente y en el espíritu*, y vestíos de la nueva condición humana" (Ef. 4, 23). Y este párrafo de Diadoco de Fotice constituye todo un programa en esa línea para el hombre de letras:

"Sólo el Espíritu Santo puede purificar nuestra mente; si no entra El como el más fuerte del Evangelio, para vencer al ladrón, nunca le podremos arrebatar a éste su presa. Conviene, pues, que en toda ocasión el Espíritu Santo se halle a gusto en nuestra alma pacificada, y así tendremos siempre encendida en nosotros la *luz del conocimiento*; si ella brilla siempre en nuestro interior, no sólo se pondrán al descubierto las influencias nefastas y tenebrosas del demonio... El auténtico conocimiento consiste en discernir sin error el bien del mal... La *sensibilidad del espíritu* consiste en un *gusto acertado*, que nos da el verdadero *discernimiento*. Del mismo modo que por el sentido corporal del gusto, cuando disfrutamos de buena salud, apetece lo agradable, discerniendo sin error lo bueno de lo malo, así también nuestro espíritu, desde el momento en que empieza a gozar de plena salud y a prescindir de inútiles preocupaciones, se hace capaz de experimentar la abundancia de la consolidación divina y de retener en su mente el recuerdo de su *sabor*, por obra de la caridad, para *distinguir* y quedarse con lo mejor, según lo que dice el Apóstol: 'Que vuestro amor vaya creciendo cada vez más en el verdadero conocimiento y en *delicadeza espiritual*. Así sabréis

distinguir y escoger lo más perfecto." (Capítulos sobre la perfección espiritual, 6, 26, 27, 30; PG 65, 1169, 1175-6).

Estas indicaciones de vida espiritual son perfectamente aplicables al lector de obras literarias. Responden a mis inquietudes de crítica y docente. Me preguntaba cómo actuar dentro de un ambiente cultural de neto corte secularista (que en cierto sentido es lo mismo que decir "autosuficiente en su especialización"), insensible a la realidad del pecado que se filtra en sus productos tanto más cuanto esa realidad es descartada, y tanto más cuanto se quiere que la cultura sea un mundo autónomo, independiente del hecho de la Redención, y aun de la Creación. Me preocupa que los estudios literarios no contribuyan a acercar a los jóvenes a Cristo y más bien los alejen de Él. La solución que aquí encuentro es característica de los Padres: el "discernimiento cristiano" que brota de un corazón dócil a la gracia. Hallo especialmente rico y sugerente este párrafo para el hombre de letras, quien no sólo aplica su razón a la lectura, sino también su sensibilidad y su gusto. Aquí se habla de un espíritu saneado por la efusión, en él, de los dones del Paráclito: no sólo de la fe que aclara al intelecto, sino también de la caridad que rectifica el natural deseo de Dios y que, mediante el hábito de este buen amar, descubre los atractivos falsos de lo que, sin ella, nos hubiese seducido. En efecto, las obras literarias, más que transmitir ideas, hablan por imágenes que despiertan resonancias afectivas. Aquél que, aun habiendo recibido la infusión de la caridad, la dejara atrofiarse o desvanecerse, quedará a la merced de vanos o perniciosos atractivos. Sólo aquél que cultive la intimidad de Dios y que haya saboreado su presencia en las cosas creadas, sentirá un espontáneo disgusto por aquéllos. Este punto me parece particularmente importante, pues el "criterio" del hombre de letras es mucho más un "hábito" que una receta metodológica a aplicar. En un hábito o virtud completa, en la que están comprometidos la intuición, el sentimiento y la buena voluntad. Sólo a partir de un primer discernimiento que es a la vez "gusto" y "saboreo", que tiene mucho de dejarse estar contemplativo, puede el crítico literario poner en juego sus dotes analíticas. La "delicadeza espiritual" ha de ser despertada, desarrollada y ajustada en el hombre de letras cristiano para que, como una segunda naturaleza eficaz, guíe espontáneamente su gusto y apuntele su juicio.

Tenemos que formar lectores y críticos cristianos, de mente y corazón renovados. Pero primero hemos de intentarlo nosotros, para ayudar a nuestros alumnos y a los lectores en general. Hay que dar al mundo de hoy un *corpus* de crítica cristiana orientadora. Debemos

proseguir la gran tarea de discernimiento de nuestros antecesores, encarando las corrientes y obras literarias que van apareciendo.

II. El ejemplo de los Padres es de un valor inestimable en esta labor. Estoy convencida que hay que estudiarlos en las carreras de *Letras* de nuestros Profesorados y Universidades católicos como modelos de discernimiento cultural y literario, haciendo una selección de sus textos críticos. Allí se ve su amplio enfoque de la cultura pagana de su tiempo, sin prejuicios pero con juicio.

No desconfiaron a priori de la inteligencia humana, pero estuvieron atentos a sus límites así como a sus posibles confusiones y extravíos. De este modo un San Justino empezó a encarar la literatura pagana anterior al cristianismo y afirmó:

“Cuanto de bueno dijeron y hallaron los filósofos y legisladores fue por ellos elaborado según la parte de *logos* que les cupo, por investigación o intuición; mas como no conocieron al *Logos* entero, que es Cristo, se contradijeron también con frecuencia unos con otros... Porque cada uno de ellos habló bien... por la parte de *logos* seminal que les cupo... Y cuanto de bueno está dicho por ellos, nos pertenece a nosotros los cristianos...” (*II Apol.*, 13).

Con esta certidumbre, rescató aciertos y atisbos adventistas de tantos textos literarios y filosóficos, figuras como la de Sócrates y su testimonio de vida y muerte por la verdad, y hasta sugerencias de la Resurrección... Eso sí, los aclaró a la luz de la plenitud de la Sabiduría revelada en Cristo, los reinterpreto, profundizó y completó.

Mostrar esto, tanto él como los que lo siguieron, fue asimismo una manera de evangelizar a los paganos de entonces, descubriéndoles desde sus puntos de vista, y con su lenguaje, que aquella parte válida de su patrimonio cultural los preparaba a comprender a Cristo, y que en esa herencia ya actuaba Cristo. Es en este sentido que Clemente de Alejandría habla de una “doble preparación”, no sólo la de los Judíos, sino también la de los Griegos.

Por eso llama “*Protréptico*” o “exhortador” al *Logos* que invita a los hombres a acercarse a El y señala esta acción preparatoria en el libro del mismo nombre que es un florilegio de textos de filósofos y poetas precristianos (entre ellos Homero, Platón y los grandes trágicos atenienses). Los convoca y cita por considerarlos “auxiliares” que preparan el camino a la plena evangelización de los paganos, y observa:

“Si, en efecto, los Griegos recogieron, mejor que otros, algunas chispas del *Logos* divino e hicieron oír algunas raras verdades, dan testimonio que el poder de la verdad no estaba escondido, aunque no llegaran a la meta...” (*Protréptico*, 74, 7).

Y Clemente insiste en sus *Stromata* sobre esas “semillas de verdad” que pueden espigarse entre los Griegos, que los “educaban” a ellos “para ir hacia Cristo”, estimando que “sólo los cultivadores de la fe están fundados para guardar en depósito las semillas de la verdad” y que tienen el deber de hacerlo por tratarse de “una obra de la providencia divina” (*Str.* I, 18; V, 28). Contra la opinión de otros cristianos que preferían ignorarlas como cosas “superfluas”, para ocuparse de la “pura fe” (lo que desgraciadamente sucede hoy en día también entre nosotros), él reclama atención para estos “afluentes” que concurren al gran río de la Verdad, pues lo poco o mucho que contienen de ella “lo han recibido de la Verdad misma” (id. V, 29). “La verdad es una” —insiste Clemente— y los “fragmentos” recibidos de la misma “ahora podemos juntarlos en el *Logos* íntegro” (id. XIII, 57). Prosigue:

“Es, pues, claro que la cultura previa griega, con su filosofía, les vino a los hombres de Dios..., y llamo filosofía, no a todo, sino a lo que ha sido dicho de bueno en las escuelas...” (id. VII, 37).

Estas afirmaciones de Clemente de Alejandría nos alertan de muchos modos a nosotros, los críticos de hoy. Ciertamente, todas las obras literarias manifiestan o recelan posiciones ideológicas a las que debemos estar atentos; no todas las posiciones son auténtica “filosofía” en el sentido de amor a la verdad; hemos de rescatar los atisbos de verdad allí donde se encuentren, ya en obras de cristianos, ya en las de quienes no lo son, compulsando su verdad y bondad a la luz de la Sabiduría de Cristo; y siempre preparados para desechar lo que de ningún modo puede compaginarse con ella.

Es digna de tenerse en cuenta, en este sentido, la lección crítica de San Ireneo de Lyon. El tuvo que vérselas con una literatura que pretendía ser cristiana, la literatura de los Gnósticos; y justamente dio en la clave de su falsedad. Ella consistía en una asimilación inversa de la que hicieron los Padres. En lugar de interpretar el helenismo a la luz del cristianismo, la gnosis quería acomodar el mensaje de Cristo a concepciones de la cultura helénica inficionadas de orientalismo. Y ésta es una tentación permanente, incluso hoy. Por tratar de “inculturar” el mensaje evangélico, a veces no se discierne si hay infinidad o no entre la fe y la cultura a la que se busca acercarla. Sólo puede ser afín con ella una cultura en la que se le dé lugar a la verdad, en la que se la busque y enaltezca; y nunca posiciones escépticas, nominalistas, epicúreas o materialistas. Arrimando simplemente el “puro Evangelio” a esta clase de posturas, sólo se logra

barnizarlas superficialmente, y el resultado es un confuso eclecticismo o sincretismo que siempre acaba ahogando la fe. El criterio de "verdad" es fundamental, pues la verdad tiene que ver con lo que las cosas son, con la intención creadora de Dios, que les dio una esencia o proyecto que indica un determinado desarrollo, y en el caso del hombre, una ley ética para llegar a la plenitud, que ha de ser reconocida y respetada, a la que la fe aclara y la gracia refuerza. En ello estriba la gran lección crítica de Ireneo. El recalcó la "unidad" del plan divino: es el mismo Dios el que creó y el que redimió; la impronta del Verbo se halla en las criaturas, que por ello tienen verdad y bondad, y por ello El pudo asumir la naturaleza humana. Contra los Gnósticos, que pretendían ser los auténticos intérpretes de la acción de Cristo, asimilándola a sus fantasías espiritualistas, y por lo tanto descalificadoras de la realidad, insistió en la presencia del *Logos* en toda ella, lo que implica estimular los sondeos metafísicos y éticos y, en lo que concierne a la literatura, discernir su presencia o ausencia, juzgar si la obra literaria da testimonio de la verdad o la rechaza. En este aspecto, quiero destacar especialmente las obras que hoy en día hacen uso de una imaginería cristiana sólo como ornato, quitándole su profunda significación; o que utilizan la historia sin ningún respeto por la verdad; o las obras llamadas "intertextuales" en donde los textos extractados, al ser entretejidos con intención ajena, pierden su sentido metafísico, espiritual, moral o místico, siendo desnaturalizados. Se trata de verdaderos falseamientos al estilo de la "gnosis", donde la verdad se sofoca al subordinarla a un esquema artificioso so pretexto de arte.

Muy distinta fue la asimilación de los Padres. Por el contrario, ellos no desnaturalizaron la literatura cuando la subordinaron a la revelación; extrajeron de los antiguos textos lo que a sus mismos autores se les ocultaba, pero que estaba allí, de una manera misteriosa, como anuncio de "adviento". Así pudieron juzgar a un Virgilio como "anima naturaliter christiana"; así pudo leer un San Agustín la profecía de Zeus a Eneas, "imperium sine fine dedit", no ya referida al Imperio Romano que él veía derrumbarse, sino al "imperio de la Iglesia" o "ciudad de Dios" (*De civitate Dei*, L. V). Así la escuela de Alejandría (de la que ya citamos a Clemente), entendiendo que había "tipos" o figuras de Cristo y de los misterios cristianos en el Antiguo Testamento, se lanzó a la interpretación "tipológica" de sus libros; y más aún, hasta en la literatura de la antigua Grecia reconoció figuras y alegorías de Cristo, si bien más desdibujadas. "No es de maravillas —dice Orígenes en su *Contra Celso*— que el mismo Dios haya sembrado en las almas de todos los hombres lo mismo que enseñó por los profetas y el Salvador." (C. C., libr. 1, 4).

Eso sí, siempre marcan lo que era “preparación” de lo que fue la “plenitud”. La preparación y las imágenes están en función de la manifestación plena y no al revés. Asimismo Orígenes da a su discípulo Gregorio el Taumaturgo una recomendación que aprovecha a los intelectuales de hoy. Le dice que no restrinja su “natural talento de la inteligencia” al mero ejercicio que se le dio antes de la venida del Salvador:

“Ahora bien, tu talento natural puede hacer de ti un cabal juriconsulto romano o un filósofo griego de cualquiera de las famosas escuelas. Mas yo quisiera que, *como fin*, emplearas toda la fuerza de tu talento en la inteligencia del cristianismo; *como medio*, empero, para ese fin, haría votos para que tomaras de la filosofía griega las materias que pudieran ser como iniciaciones o propedéutica para el cristianismo... Y eso tal vez da misteriosamente a entender lo que se escribe en el Exodo (11, 2; 12, 35 ss.), que, en nombre de Dios, se dijera a los hijos de Israel que pidieran a sus vecinos vasos de plata y oro y vestidos. Así, despojando a los egipcios, tendrían materia con que fabricar para el culto de Dios. Y es así que de los despojos de los egipcios fabricaron los hijos de Israel lo que había en el *sancta sanctorum*...”.

Y completando esta lección sobre el “fin” y los “medios”, Orígenes le da esta advertencia: cuidado con “quedarse en Egipto”, es decir, “entre las enseñanzas de este mundo”. Cuidado, porque a muchos les pasa esto: “los que, por cierta erudición helénica, engendran ideas heréticas y construyen, como si dijéramos, novillos de oro...” (*Carta de O. a Gr. el Taumaturgo*, 1, 2, 3).

La lección de Orígenes nos concierne. Esto sigue ocurriendo cuando los hombres de letras nos contentamos con ser nada más que eso en su acepción mundana, por ejemplo, cuando explicamos la literatura pagana sin advertir a nuestros alumnos sobre sus aspectos de “adviento”, o cuando limitamos nuestras investigaciones a lo exclusivamente formal, estructural o metodológico; incluso cuando pasamos de largo ante lo alegórico, simbólico o aun cristianamente tipológico que sugieren ciertos textos modernos. Entonces nos quedamos en los “medios” sin alcanzar el “fin”. Por eso, siguiendo esta lección, la literatura debe enseñarse, entre cristianos, con el acompañamiento y guía de las “letras cristianas” por excelencia, que son las Sagradas Escrituras:

“Tú, pues, atiende principalmente a la lección de las Escrituras divinas (I Tim. 4, 13); pero atiende... llama y golpea..., y necesaria en extremo es la oración pidiendo la inteligencia de lo divino.” (id., 4).

Podríamos seguir citando otros muchos textos aleccionadores de los Padres, entre ellos el *Discurso a los jóvenes* de San Basilio que es un compendio orientador en el estudio de las Humanidades. Estos textos de los Padres nos proporcionan todo un programa de reforma de los estudios literarios y sobre todo de la actitud de lectura, que hace a dicha reforma y evangelización de la cultura, así como a la evangelización por medio de la cultura. Empero, para terminar, quiero recordar dos textos en que se recalca la relación que ha de tenerse en cuenta entre las "palabras", instrumento de la literatura y objeto de la crítica literaria, y "la Palabra" que es su fuente y su meta:

Dice San Gregorio de Nacianzo: "Yo le ofrezco esto a Dios, le consagro lo mejor de mí mismo, mi única riqueza... Yo retengo tan sólo el discurso en cuanto es el servidor del Verbo." (*Orat.* 6, 6).

Y San Máximo el Confesor: "La lámpara colocada sobre el candelero, de la que habla la Escritura, es Nuestro Señor Jesucristo, luz verdadera del Padre..., que alumbra a todos los que están en la casa (es decir, este mundo)... La palabra de Dios no puede quedar oculta bajo el celemín... No coloquemos, pues, bajo el celemín, con nuestros pensamientos racionales, la lámpara encendida (es decir *la Palabra* que ilumina la inteligencia), a fin de que no se nos pueda culpar de haber colocado bajo la materialidad de la letra la fuerza incomprensible de la sabiduría; coloquémosla más bien sobre el candelero (es decir, sobre la interpretación de la Iglesia) en lo más elevado de la genuina contemplación; así iluminará a todos los hombres con los fulgores de la revelación divina." (*Cuestiones a Talasio*, Cuest. 63; PG 90, 667-70).

INES DE CASSAGNE